

## AÑO II

*Día 1 (mes primero)*

¡Un año exacto estoy atrapado en este refugio!

Debería celebrar el Año Nuevo, pero me parecería una burla. Un año exacto y sin encontrar el modo de evadirme. Y no será porque no lo venga intentando todos los días. Pero no me doy por vencido, y menos hoy, después del sensacional descubrimiento que he hecho en el maletero de uno de los coches más arrinconados que había.

Al principio no sospechaba de lo que se trataba, simplemente cajas que podían contener cualquier cosa. No es la primera vez que he encontrado cajas o paquetes y dentro había de todo. Incluso en uno de esos paquetes recuerdo que encontré artículos de broma, como murciélagos, tarántulas... y catalinas humanas de goma plastificada.

De no haber sido por una nota que había en una carpeta, probablemente ahora no lo estaría contando, ya que tenía preparado el martillo y el escoplo para desguazar las cajas.

¡Hubiera sido una sonada celebración de Año Nuevo!

Aunque pienso que esos explosivos no hubieran explotado simplemente por percusión mecánica. No lo sé. El caso es que la sorpresa que me he llevado ha sido mayúscula al leer la nota, que dice: Instrucciones para el uso de los explosivos.

No sabía si se trataba de una broma, pero conforme iba leyendo me he dado cuenta que eran explosivos de verdad. Para broma parecía demasiado macabra. El folio iba encabezado con el anagrama de ETA y el siguiente párrafo en euskera:

“Historiaurrean ere euskaldunak hementxe bici ginem, eta

euskara zen gure hizkuntza”.

A continuación venía una detallada explicación de las normas sobre el manejo de los explosivos, su instalación y su puesta a punto.

Creía que los etarras se comunicaban entre ellos en euskera, pero su odio a lo español no les impide hacerlo en castellano. Puede que no todos los independentistas estén en condiciones de desprenderse de lo que intentan destruir.

Al leer el objetivo a abatir y el lugar exacto donde habían de aparcar el coche bomba me he quedado de piedra. ¡Tenían planeado hacer explotar el coche bomba en el Hospital Clínico!

¿Cómo puede degradarse la condición humana de esta forma tan vil? ¿Merecen vivir esas alimañas, que por conseguir no sé qué mierda de objetivos, son capaces de lo más indigno que la mente más siniestra puede imaginar?

Es lo primero que visceralmente me vino a la cabeza. Mi cerebro emocional también se deja llevar por poderosos impulsos agresivos, pero es que por más que lo pienso no me entra en la cabeza. Aunque es un absurdo pensar en una lógica, ya que los terroristas no tienen lógica, pues en su mente sólo existe la idea de sembrar el terror. ¿Tienen explicación lógica los anteriores atentados?

Creo que el quid de toda esta sinrazón está en los mismos orígenes de ETA, que surge para luchar contra la opresión franquista, aunque, después, aprovecha su fuerza en una imposición nacionalista al propio pueblo vasco. ETA nació con el aplauso de la mayoría de los vascos y de amplias capas de la población española cuando asestan golpes mortales al franquismo. Ello les permite desarrollarse y organizar un entramado clandestino con una eficiente máquina de recaudar dinero para poder financiar sus actividades. Y después, lo mismo que las organizaciones mafiosas, ese entramado pervive porque es un *modus vivendi* lucrativo.

Por otra parte, al gobernar los nacionalistas la autonomía vasca desde que se creó, y llevarse a cabo una decidida política educativa de búsqueda y afianzamiento de raíces, que es normal, pero con la situación de coacción y miedo existente, hace que los partidarios de ETA se renueven y se perpetúen.

Las señas de identidad de Cataluña son más marcadas y fuertes, y se ha conseguido muchísimo más con la autonomía. Pero hay una convivencia civil envidiable, porque se ha huido de cualquier crispación estéril. Y porque las organizaciones terroristas que surgieron en las tierras catalanas no prosperaron, ya que empezaron a actuar directamente contra lo que creían obstáculos para el desarrollo de las esencias catalanas, sin antes haberse hecho con pedigrí luchando contra el franquismo como los etarras habían hecho.

Ahora bien, cuando en muchos vascos se desmorona lo que tiene de esencia el ser humano es cuando se rompe la dovela clave del respeto a la vida. Los componentes de ETA, y los que la justifican y comprenden, empiezan a arrastrarse hacia el negro agujero de la amoralidad cuando excusan su primer asesinato, el del comisario torturador Melitón Manzanás. El contemplar de cerca la horripilante grandeza de la muerte del almirante Carrero Blanco hace irremisible su progresión por la pendiente, por mucho que este magnicidio significara poner fin a cuarenta años de dictadura. Esa progresión hacia el abismo se acelera con el atentado a la cafetería Rolando donde mueren dieciocho personas, por más que expliquen que era el lugar de reunión de los más odiados de la Brigada Político Social. Y se hace irreversible esa carrera con los frecuentes e indiscriminados atentados a las fuerzas de seguridad del Estado. Pero también se asesina a jefes del ejército, objetivos terroristas de gran repercusión propagandística y de desestabilización. Les llega el turno a

empresarios, como forma de mantener el impuesto revolucionario, pues la maquinaria de matar necesita importantes recursos económicos. No tardan en caer políticos e intelectuales porque recriminan y combaten sus iniquidades. Y se llega a matar sin previa selección a quien sea, incluso a niños, a los que, encima, los etarras les acusan de encontrarse en el lugar del atentado.

Se mata por matar con la única justificación de que lo hacen por la patria vasca. Y cuanto más aislada y reducida se encuentra ETA más sanguinaria y repugnante es su acción armada, porque los etarras no pueden salir de ese agujero negro donde han caído, ni tampoco hacen nada por sacarlos los que están más cerca de ellos.

De lo que sí me he dado cuenta es que quienes iban a manipular esos explosivos eran inexpertos y había que darles instrucciones por escrito para que supieran como manejarlos. Los deben reclutar muy jóvenes o no les da tiempo para adiestrarlos convenientemente.

Con sumo cuidado he ido abriendo las cajas y he extraído diez kilos de explosivo plástico —amonal, parece que he leído— temporizadores, un rollo de cordón detonante de pentrita, detonadores eléctricos, un artilugio de relojería, fulminantes, pequeñas cápsulas donde colocarlos para preparar los cabos y un bidón de líquido inflamable.

¡Quería repetir la hazaña de Hipercor!

El caso es que, con este hallazgo y con todo lo que tengo fabricado y preparado, estoy seguro que no habrá escombros que se resistan. Prepararé concienzudamente una explosión que, por narices, tendrá que abrir un gran boquete para que pueda salir al exterior. A fin de que la fuerza expansiva se dirija exclusivamente en la dirección que desee, construiré un muro detrás de los explosivos. Esta vez saldré al exterior de una vez.

Hoy he recordado mis primeros pinitos como montañero.

Sin ninguna experiencia ascendí a la Peña Montañesa.

La Peña Montañesa es un gran espolón que deja caer verticalmente sus murallas en el extremo que se asoma al Cinca. Por el otro lado se alarga por encima de La Foradada hasta bañarse, también en fuertes escarpaduras, en las aguas del Ésera. Vista La Peña Montañesa desde Aínsa o Escalona, o mejor de Puértolas, se la ve enhiesta y soberana, como una enorme mole de rocas cortadas a pico. Si la perspectiva la tomas desde Tierrantona aparece como un largo dorso que une los valles del Cinca y del Ésera, con la silueta pegada detrás de la montaña piramidal de Cotiella. De las peripecias que pasé al ascender el Cotiella, donde me dio una pájara, me referiré en otra ocasión.

La Peña Montañesa está situada en la antesala de los Pirineos, haciéndose visible desde muchos kilómetros. Es el símbolo de Sobrarbe. Es una montaña mágica, que hechiza y cautiva y te atrae. Aunque no alcanza los tres mil, al estar aislada y arrancar desde los mismos valles aparece soberbia y su ascensión no está exenta de dificultades y emociones.

El móvil que me incitó a coronarla fue simplemente para disfrutar de la magnífica vista que debía ofrecer su cima y la vida plena y salvaje que se podría sentir allá arriba. La idea me surgió cuando pescando truchas río arriba del Vellós, encontramos perdido y exhausto a un montañero inglés. Estaba atravesando en solitario toda la cordillera pirenaica, de mar a mar. Fue algo que me sedujo, no ya por la hazaña en sí, sino por el hecho de tener que enfrentarme a algo que exige un gran esfuerzo y sacrificio y que te da la potencia de poder disfrutar plenamente.

Salí con dos de los hijos del médico del pueblo donde ejercía de maestro, alumnos, niños aún, aunque valientes e intrépidos. Y con Tom, el perro séter del médico.

La idea era pasar dos días en la cima para saber lo que era vivaquear y para disfrutar de un amanecer a esas alturas.

También pretendíamos crestear el dorso de la montaña y poder admirar las panorámicas que se ofrecían. Y saturarnos de la áspera y salvaje naturaleza.

Un lugareño, de los que suelen dejar suelto su ganado en las altas praderas hasta finalizar el otoño, nos explicó la senda que habríamos de coger desde el monasterio en de San Vitorián.

El monasterio de San Vitorián, hoy en ruinas, otrora fue emporio de virtudes monásticas, de cultura, de riqueza, tumba de reyes. Su fundación se remonta a la época visigoda, siendo, por ello, el más antiguo de España. En el siglo XI, y a instancias del abad del que tomó el nombre el monasterio, San Vitorián, se hizo una reedificación de estilo románico. En el siglo XVIII se remodeló un soberbio y elegante monasterio que, tras el abandono por las medidas desamortizadoras de Mendizábal, ha quedado en las ruinas que se ven ahora.

Sin perder la senda que nos indicó el lugareño, encontraríamos una fuente y el único acceso, a través de una cornisa volada, para llegar a la cima más alta. Y allí encontraríamos una cruz y enterrado entre piedras el libro donde firmar. Que tuviéramos cuidado cuando fuéramos por la cornisa, de no más de un metro de ancha, pues un traspié o un resbalón nos precipitarían por una cortada de casi un centenar de metros. Ni con espuestas, nos dijo, nos podrían recoger de lo destrozados que quedaríamos. Y a mitad de recorrido de la tal cornisa sobresale de la pared una roca que sólo permite de suelo lo justo para poner los pies.

Los acantilados que hay por este lado de la Peña Montañesa son realmente escalofriantes. Cuentan que una vez se provocó una estampida de ovejas y la que iba en cabeza, en su alocada huída, cayó por el precipicio y las demás la siguieron por el mismo camino, despeñándose una detrás de otra. Fue imposible aprovechar, siquiera, la carne de ese nutrido rebaño.

Los accesos a la falda de la Peña Montañesa no son fáciles. El monte bajo ocupa una amplia zona y sus bosques de encinas y de pinos están enmarañados con matorrales y plantas espinosas. Bosque y sendero continúan trepando pendiente arriba. Perdimos el camino, la inexperiencia. El avance se hacía dificultoso y penoso. La leche condensada nos reponía las fuerzas, pero nos reseca cada vez más la boca. No llevábamos cantimploras de agua, pues en las altas praderas encontraríamos la fuente que nos reconfortaría. El sol era implacable, sudábamos.

El bosque cede el terreno a los prados. Se avanza muy mal por la pendiente herbosa. A cada paso la sed se hacía más insoportable. Espoleaba a mis jóvenes compañeros con la esperanza de encontrar pronto agua. Y la fuente seguía sin aparecer.

Lo estábamos pasando realmente mal, cuando vimos al Tom mojado y cubierto de barro. Y guiados por el instinto del perro pudimos encontrar la suspirada fuente. Repuestos, y con las botellas —¡de cristal!— llenas de agua, continuamos nuestra ascensión.

Aquellas manchas verdes que se ven desde abajo resultaron ser espléndidas praderas. Bucólica tranquilidad, sólo rota por las esquilas de vacas y ovejas. Más arriba aparecían las calcáreas cimas.

Los pastos no tardan en desaparecer arrollados por un inmenso caos de piedras de todos los tamaños. Sin embargo, algún que otro añoso y reseco pino se deja ver por entre esas rocas, a pesar de haberse rebasado la cota de su hábitat.

Y echando la mirada atrás la vista es soberbia: entre un marrón verdoso velado por la calima se divisa un amplio paisaje atormentado por barrancas, desniveles, cerros y quebradas, destacando la enorme mancha verde-azul de un gran remanso del Cinca (ahora es un pantano), el verdear de los bosques de pinos y el amarillear de las estepas casi

saharianas. Los pueblecitos con sus enhiestos campanarios se sitúan, bien en los cultivados llanos o bien sobre alguna loma, quizás para poder otear mejor. Destaca Aínsa, la capital de Sobrarbe, que extiende sus casas en la confluencia del Ara con el Cinca y sobre un cerro la Ainsa medieval con su castillo y su esbelta iglesia románica.

Cruzamos por la peligrosa cornisa camino de la parte más alta. La roca de la cumbre es áspera por el castigo de las inclemencias. Aunque en las grietas y en las abrigadas oquedades crecen hierbas y florecillas de vivos colores la cima nos pareció un lugar asolado, con todos aquellos pinos secos, muertos, esqueléticos, acribillados por los rayos. Allí arriba las tormentas deben ser imponentes.

Y llegados a todo lo alto divisamos la otra vertiente, donde mágicamente aparecen las altas cumbres del Pirineo, punteadas de blanco sobre manchas verdes, grises y marrones, que brillan entre los lentos remolinos de las nubes. El aire se extiende profundo.

Aún tengo grabada la impresión de aquel silencio solemne, sólo roto por el silbido del viento. Eso es, silencio y misterio. Y el cortejo de nubes vagando. Y, de pronto, nos encontramos en medio de un blanco vapor, hasta que el viento lo arroja de la cima y le hace navegar como un velero por encima de los valles. No recuerdo los pensamientos que hube de tener en esos momentos, pero debieron ser fantásticos.

Escarbando por entre un montón de piedras junto a la cruz de la cumbre descubrimos el libro de los montañeros. Y escribimos en él nuestras impresiones. ¿Existirá todavía aquel libro?

Nos preparamos un abrigo de ramas para pernoctar y apilamos una buena pira de leña. Cuando llegara la noche la encenderíamos para comunicar a los del pueblo que nos encontrábamos sin novedad. Si hacíamos dos fuegos significaría peligro y que solicitábamos ayuda.

Al caer la tarde, cuando allá abajo fueron apareciendo tenues lucecillas marcando la borrosa situación de los pueblos, prendimos la pira. Pronto se formó una fogata que debería verse a muchos kilómetros a la redonda. Con gran vigor surgían las lenguas de las llamas de entre las resacas ramas de pino.

Inesperadamente se levantó un viento impetuoso y racheado y el fuego prende a los pinos cercanos. El temor a un incendio hizo que saliéramos de la cima, por considerarla una trampa mortal. Y totalmente a oscuras, sin linternas, con las mochilas mal empaquetadas, volvimos a pasar por la peligrosa cornisa. ¡Y por la saliente roca que sólo permitía de suelo lo justo para poner los pies!

La oscuridad era realmente sobrecogedora. Y mi temor era mayor al tener la responsabilidad de los dos niños que me acompañaban en esta loca aventura, por lo que todas las precauciones fueron pocas para que ninguno se me despeñara por algún precipicio o se me extraviara por entre aquellas densas tinieblas. Los niños, a pesar de sus cortas edades, estuvieron a la altura de las circunstancias con valentía. Y nos acogimos a la hospitalidad de un pino y al abrigo de una roca para pasar la noche en la otra cumbre gemela.

Pero aquel viento era el precursor de una terrible tempestad. Nunca había sentido tan cerca una tormenta. Cerca no, estábamos dentro de ella. Los pelos se nos erizaban por las cargas eléctricas y se respiraba un ambiente enrarecido, extraño, cargado. El primer trueno retumbó con tal intensidad que tembló el suelo donde estábamos. No era miedo, era pánico lo que sentíamos en ese momento.

Pero tuve la lucidez de acordarme de lo acribillados que estaban por los rayos todos los pinos de la zona. Y consideré muy peligroso continuar donde estábamos.

En medio de la pradera nos acurrucamos soportando estoicamente el agua que nos caía encima. Nos pusimos como

una sopa, sin impermeables, sin nada que evitara que el agua nos calara hasta los huesos. Pero era preferible estar empapado de esta manera y tiritando de frío –y también de miedo, todo hay que decirlo— en medio de la pradera, al falso refugio que nos podía proporcionar aquel pino, que de un momento a otro podía ser abatido –y con él nosotros— por un fulminante rayo.

No me explico cómo pudimos pasar aquella terrible y larga noche, entre las lumbraradas de las chispas eléctricas, los cavernosos truenos, la lluvia y el viento. Tampoco llego a explicarme cómo pudimos aguantar el frío, pues en aquellas alturas la temperatura desciende notablemente con cualquier cambio meteorológico, aunque fuera verano. La tierra y la hierba debían conservar algo de calor y pudimos soportarlo y hasta dormir.

De madrugada me despertó un resoplido en la nuca. Era una curiosa vaca que se acercó para ver lo que era aquello que estaba tirado sobre sus pastos. El sobresalto, como es de suponer, fue morrocotudo. Y comprobamos que la vaca nos había destrozado una mochila.

Decidimos poner fin a esta aventura. Pero el descenso resultaba peligroso, ya que la espesa niebla no permitía ver más allá de un metro a la redonda. Y nos quedamos sin el sabor de un amanecer en la cumbre. Y no pudimos crestear por encima de la Peña Montañesa. Pero conseguimos llegar abajo sin más novedades.

.....

*Día 29 (mes tercero)*

La situación límite a que me ha conducido la soledad que padezco ha posibilitado un reencuentro con la autenticidad de mi propia esencia. Y he llegado a la conclusión de que estoy formado por tres estratos básicos, como si fuéramos tres en uno. Incluso les he puesto nombre a cada uno de esos estratos que forman mi yo: D. Prudencia, D. Impulso y Superego.

Ya sé que el ser humano es, ante todo, una unidad. Pero una unidad en el comportamiento, porque todo repercute en todo y nunca se produce una acción aislada de una parte del psiquismo. Cuando el sujeto humano no funciona coordinadamente deja de poseer plenamente su propia acción y su comportamiento comienza a bordear las fronteras de lo psicopatológico.

En el ser humano hay niveles que en una situación normal pasan desapercibidos porque no prestamos atención en distinguirlos. Sin embargo, en principio hay todo un sistema que acusa las necesidades que tenemos. Y tan pronto surge una necesidad y su desequilibrio oscilante, el instinto nos empuja hacia su satisfacción. Por supuesto que no se llega a colmar todas las necesidades o simplemente las satisfacemos de una manera deficiente, pero siempre sentimos esa fuerza inmanente e innata para procurar su satisfacción.

El fenómeno del sentir subjetivo (sentir hambre, sed, amor, odio, alegría, aburrimiento, cansancio, etc.) es básico para la orientación vital. La orientación vital parte siempre de la capacidad de sentir.

Sin sentir no podemos pensar, porque cada pensamiento articulado tiene sus raíces en lo previamente sentido. En realidad lo que hace la razón es traducir el sentir en términos que lo expresen. Lo pensado, pues, depende directamente de

lo previamente sentido. Es decir, pensamos cuando sabemos, cuando comprendemos y también cuando sentimos.

La mayoría de las instrucciones para el comportamiento nos viene de nuestras emociones y sentimientos. O sea, gran parte del comportamiento humano se lleva a cabo sin traducción racional. Ello significa que el poder de decisión y control que ejerce la razón en nuestro comportamiento es mucho más insignificante de lo que creemos. Ocurre que la razón es un traductor fiel, un formulador sutil de lo que sucede en nuestra intimidad. Y como transcribe lo que sentimos nos da la impresión de que es ella la que ha tomado la decisión. Pero la realidad es que la razón, el intelecto, no tiene, ni mucho menos, una función superior de control sobre las emociones, ni un poder omnímodo de decisión, como han querido hacer ver desde los filósofos de la Grecia clásica hasta los racionalistas del siglo XVIII.

De todas formas, no debemos caer en el polo opuesto de que la razón humana no tiene excesiva importancia. La razón es la encargada del lenguaje, de la creatividad, de la maduración, de la imaginación. Y el poder de decisión de la razón en el comportamiento todavía es considerable. Ahí es donde reside el sentido de la libertad humana.

Lo que pasa es que nuestra forma de razonar funciona basándose en contraste de pareceres y ello confiere lentitud en nuestra toma voluntaria de decisiones. Cuando uno va conduciendo y ha de realizar una maniobra porque le ha surgido un imprevisto, no espera a que sea la razón quien decida ejecutarla, ya que, en ese caso, cuando llega la orden ya sería demasiado tarde. ¿Quién se ha encargado de dirigir la maniobra? Se suele decir, para salir del paso, que han sido los reflejos.

O sea, al razonar, consciente o inconscientemente siempre contrastamos nuestras opiniones con las de otros para buscar solución a los problemas que continuamente se nos

presentan en la vida. ¿Cuántas veces hemos dicho que lo consultaremos con la almohada antes de dar una contestación requerida? Y el consultar con la almohada consiste en recabar la opinión de los allegados o consejeros o, también, poner en marcha los mecanismos de los otros yo que somos, para disponer de un abanico de soluciones o respuestas.

No andaban desencaminadas aquellas infantiles lecciones de ponernos, siempre que se nos mostrara una ocasión de pecar, al ángel de la guardia que nos aconsejaba no cometer tal iniquidad, aunque supusiera sacrificios, y al otro lado al demonio que nos decía lo contrario y nos presentaba una lista de gustos y placeres. Aunque la Religión nos presenta al ángel y al demonio como seres distintos a nosotros, la realidad es que esos mecanismos de contrastar opiniones y luego decidir se operan dentro de nuestro yo.

¿Cuántas veces nos hemos arrepentido por haber dado una respuesta o una solución sin haberla madurado convenientemente? Antes de responder piénsatelo dos veces, suele decirse.

Los que, como yo, vivimos en aislamiento total y no tenemos a nadie con quien compartir opiniones y pareceres hemos de potenciar los mecanismos de los otros yo, estratos, personas o niveles, como quiera llamárseles, que componen nuestro ser. Navegantes solitarios o alpinistas que conquistan cimas sin compañeros siempre han relatado que hablaban consigo mismo y se preguntaban cómo resolver tal o cual problema. Incluso han comentado más de uno que habían llegado a autogastarse bromas a fin de suavizar la tensión a que uno se ve sometido cuando está solo.

En esta situación se tiende a observar un comportamiento similar al que tendríamos compartiendo la vida con otros. Yo les hablo a la rata y a las cucarachas como si fueran seres inteligentes y, como no responden, no pueden compartir

conmigo mis ilusiones o mis preocupaciones. En una palabra, no conviven conmigo. Sin embargo, puedo establecer interesantes diálogos, o fuertes y agresivas discusiones, conmigo mismo.

También puedo dialogar o disentir, aunque casi no le he practicado, con pensadores o escritores de otras épocas a través de sus obras. Si se llega a hacer bien, no sólo como un ejercicio de análisis, crítica o reconocimiento, sino que pueden convencerte o hacer cambiar de opinión en unos puntos y en otros no, es como si se estuviera conversando con ellos. Por esta razón los pensadores, artistas o escritores que trascienden son inmortales, como si estuvieran presentes, vivos. ¿Cuántos hay que fueron incomprendidos por sus coetáneos y ahora están muy presentes?

Como ya he referido anteriormente muchos psicofisiólogos, al analizar la naturaleza humana, han llegado a descubrir que contamos con un cerebro interno, que es el que rige la vida afectiva, con sus emociones, sentimientos y deseos, y lleva, hasta cierto punto, una vida independiente de las actividades cognoscitivas y voluntarias controladas por el neocortex. Estoy enteramente de acuerdo con este descubrimiento, pero mi matización va dirigida a que el cerebro, tanto su parte interna como su corteza, sólo es un órgano distribuidor de los estímulos y de los resultados, pero no los genera. Al igual que este ordenador, que realiza una increíble cantidad de operaciones, pero los datos no los produce, sino que soy yo quien los introduce.

Claro que, desarrollando el cerebro, o sea, poniendo en funcionamiento muchas neuronas que están inactivas, podemos llegar a tener un mayor control racional de la vida emocional (afectos, apetitos, pasiones, ansiedad, furia, terror, deseos sexuales y necesidades). Y ello se consigue dando juego a los tres estratos —¿personas?— que componen nuestra rica vida interior.

En una situación normal de convivencia con los demás es difícil practicar con asiduidad este ejercicio, pero en mi caso de soledad, no solamente lo pueda hacer, sino que me es preciso para mi propia supervivencia. Necesito hacer más cognoscitivos todos mis actos, ya que no tengo a nadie que me pueda corregir. Y cualquier error en mi situación es peligroso.

*Día 30 (mes tercero)*

El primero de los dogmas de la fe cristiana es que no hay más que un solo Dios verdadero. Por tanto, Dios es el Solitario Absoluto. Dios está solo en la eternidad, no tiene a nadie con quien compartir, pues todo lo que existe, todas las criaturas, son creadas y, por consiguiente, limitadas en el tiempo. Y también limitadas en inteligencia, voluntad y poder. Con ninguna de las criaturas puede participar, de la misma manera que yo aquí en el refugio tampoco puedo compartir, por mucho amor que les profese, ni con la rata ni con las cucarachas, porque son seres muy inferiores a mí.

Será por esta razón por la que en el Gran Solitario hay tres Personas distintas, sin dejar, por ello, de ser un solo Dios. El Padre es Dios, el Hijo es Dios y el Espíritu Santa es Dios, tres Personas distintas y un solo Dios verdadero. Ese es, como se sabe, el misterio de la Santísima Trinidad, otro de los dogmas fundamentales de la fe cristiana. Pablo VI nos lo especifica, que no aclara por ser un misterio a nuestra limitada razón, así: “El Padre engendra al Hijo desde la eternidad. El hijo es eternamente engendrado, el Verbo de Dios. El Espíritu Santo, Persona increada, que procede el Padre y del Hijo como eterno amor de ellos”.